



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

La importancia de la geografía en la geopolítica española

Ignacio Fuente Cobo
Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Pensamiento y Moral Militar

16 de junio de 2023

Geografía y poder

La geopolítica ha servido tradicionalmente para predecir el comportamiento internacional de un país, o definir sus objetivos en política de seguridad, a través de sus variables geográficas. En las últimas décadas, parecía pasada de moda debido a la globalización y a la ausencia de enfrentamientos armados entre grandes potencias. Sin embargo, la geografía política ha vuelto, como dicen en Francia, «testaruda» para quedarse y se ha convertido en una herramienta imprescindible para entender el mundo actual y la forma en que los Estados fundamentan sus decisiones en política exterior y de seguridad.

Según la célebre fórmula de Yves Lacoste «la geografía se usa, ante todo, para hacer la guerra», pero de igual modo, también se usa la guerra para hacer la geografía de un país. En unos momentos en los que las guerras industriales han reaparecido en suelo europeo, los perfiles más agresivos de la geopolítica se han acentuado tanto que han convertido el ejercicio de las relaciones internacionales en un juego apasionante y peligroso.

La competición entre grandes potencias que puede desembocar en conflictos abiertos, el irredentismo de potencias intermedias que creen haber alcanzado el momento histórico de reivindicar territorios, la lucha por los recursos y por las zonas de influencia, también la guerra en Ucrania, o la confrontación en el mar de China y Taiwán han hecho que las bases de la geografía política que regían el orden mundial tal y como las conocíamos hasta épocas muy recientes, se hayan vuelto alarmantemente débiles, hasta el punto de que la posibilidad de que la competición se transforme en confrontación y conflicto esté, hoy en día, más presente que nunca.

Hasta una época muy reciente, la geopolítica levantaba muy poco interés en España y eran prácticamente inexistentes los estudios que se realizaban al respecto. Con un contexto internacional favorable y una periferia de países socios, aliados, o simplemente no hostiles, la pertenencia a poderosas organizaciones de seguridad como la OTAN y, en menor medida la UE, permitía a España soslayar las preocupaciones geopolíticas dado que estas eran limitadas y su solución sencilla.

La consecuencia fue que España se pudo permitir durante décadas relajar su política de seguridad y defensa en el entendimiento de que las amenazas eran prácticamente inexistentes, los riesgos fácilmente gestionables y las carencias de capacidades, en caso necesario, se las proporcionarían otros. La posición normal de España, en el contexto de integración europea y de seguridad euroatlántica en el que se movía, solía ser la de sumarse a la mayoría, con una estrategia de bajo perfil que normalmente le resultaba favorable. En estas circunstancias, el *Bandwagoning*, en el sentido definido por los clásicos del realismo estructural como Kenneth Waltz, se convirtió en el comportamiento principal y más sensato de nuestra política exterior, de seguridad y defensa, dado que garantizaba ganancias para nuestra seguridad, al tiempo que evitaba asumir riesgos excesivos, o compromisos inasumibles.

La situación, hoy en día, ha cambiado a la misma velocidad en que lo ha hecho el entorno y la sociedad española es cada vez más consciente de que el poder de un estado, como indica Robert Kaplan en su obra *La venganza de la geografía* está intrínsecamente ligado a su situación geográfica. El interés creciente que la geopolítica despierta en España obedece a la preocupación por diseñar respuestas frente a los riesgos y amenazas a los que nos enfrentamos, algunos de los cuales han adquirido un carácter existencial, como consecuencia de la rivalidad sistémica entre potencias, las apetencias territoriales, las corrientes ideológicas y religiosas extremas, o el auge del nacionalismo. Es la visión política de la geografía la que define como, y hasta qué punto, la situación de inestabilidad e incluso de guerra convencional o híbrida en amplias regiones de Europa oriental, Extremo y Cercano

Oriente, norte de África y el Sahel se ha convertido una amenaza que afecta a nuestros intereses vitales.

La alternativa a tener una visión geopolítica propia del mundo sería asumir que otros nos dicten la suya, algo que en el actual contexto internacional resultaría inaceptable para una nación como España. Ahora bien, la necesidad de definir respuestas nacionales exige un cuidadoso análisis de los riesgos y amenazas para la seguridad, entre los que cobra especial importancia, hoy en día, la posibilidad de verse involucrados en una guerra abierta en el este de Europa, o arrastrados al enfrentamiento entre grandes potencias en la región del Indo-Pacífico. Más urgente es todavía la necesidad de prevenir la aparición de un espacio geográfico en el norte de África ingobernable como consecuencia de una amenaza yihadista salafista consolidada en el Sahel y expandida hasta el golfo de Guinea y la costa atlántica africana.

La geografía como activo estratégico

Cualquier análisis geopolítico comienza identificando los activos estratégicos con los que cuenta un Estado a la hora de relacionarse con el resto de la comunidad internacional. El primero y principal de estos activos es la posición geográfica que ocupa en el mapa. De la misma, se derivan otros activos complementarios como son la capacidad de proyección sobre otros espacios geográficos, o la influencia estratégica, entendida como su capacidad de actuar sobre otros espacios de poder que no son estrictamente geográficos.

España tiene una posición geográfica favorable en la que a los elementos mencionados cabría sumar el idioma, o la dimensión iberoamericana que también son factores geopolíticos que potencian nuestro peso internacional. En este sentido, la posición geográfica de nuestro país es singular y privilegiada y nos proporciona una importante ventaja comparativa a la hora de definir los elementos esenciales de nuestro comportamiento internacional y los parámetros de nuestra política exterior y de seguridad. Situada entre dos continentes, Europa y África y a caballo de tres mares, Mediterráneo, Atlántico y Cantábrico, España se abre a través del Mediterráneo hacia Oriente medio, el Norte de África y el Sahel; por su parte, el Atlántico nos conecta con las grandes vías de comunicación oceánica y nos proyecta hacia América, lo que hace de España un país eminentemente marítimo.

La condición marítima es un activo relevante frente a los Estados europeos continentales encerrados por la geografía algo que, en la época de la globalización, realza el valor estratégico de España, dado el fácil acceso desde la península

ibérica a las grandes corrientes globales de circulación de bienes y de generación de cadenas de valor que son los mares.

También Portugal, separado de España por una «raya» artificial, convertida durante varios siglos en una frontera casi insalvable entre ambos países, ha privado a España de la mayor parte de la fachada atlántica. Lisboa es el puerto por excelencia del Atlántico ibérico y el punto natural de acceso hacia y desde el interior de la península, algo que sólo la necesidad obligó a sustituir por los puertos gallegos y andaluces. Desde Lisboa salió la gran armada a la conquista de Inglaterra y esta ciudad fue utilizada por las flotas británicas opuestas a la monarquía hispana, como punto intermedio en su ruta hacia el Mediterráneo.

Tradicionalmente las relaciones entre ambos países ibéricos han sido amistosas y hoy en día gozan de una excelente salud, que se ve acentuada por la pertenencia a un espacio común europeo y euroatlántico. No obstante, la necesidad de afrontar desafíos geopolíticos comunes debería incentivar la creación de una «estructura geopolítica ibérica» que tendría un tamaño equivalente a las grandes potencias europeas con las que se equipararía en población, riqueza y poder militar. El efecto sinérgico de la misma facilitaría una mejor defensa de los intereses de ambos estados peninsulares en el espacio europeo, dada su mayor capacidad de interlocución.

Por otra parte, la geografía no ha situado a España en el centro de Europa sino en la periferia. El carácter excéntrico de España se ha considerado tradicionalmente una debilidad, ya que la aleja de los centros de decisión continentales y de las grandes corrientes que han conformado la geopolítica europea de los últimos siglos. Esta posición geográfica desplazada al sur y al oeste del continente europeo ha mantenido a España aislada, lo que se ha visto reforzado por el hecho de ser nuestro país casi una isla conectada al continente europeo por una barrera montañosa, los Pirineos, difícil de franquear. La orografía peninsular, con una extensa meseta central elevada, escasa pluviosidad y abundantes sistemas montañosos convierte a España en una fortaleza compartimentada e inexpugnable ante cualquier invasión, pero también acentúa su condición de aislamiento.

No es de extrañar que, durante la guerra Fría, España jugase un papel marginal en la estrategia aliada, limitado a actuar como zona de retaguardia del teatro de operaciones europeo y como punto de entrada de los potenciales refuerzos que pudieran llegar de la otra orilla del Atlántico. Sin embargo, en el contexto actual de guerra abierta en Europa oriental, la posición de España se ha revalorizado hasta el punto de que puede afirmarse que España se encuentra en la «esquina buena» del Mediterráneo y en una situación geográfica favorable en Europa. Situada a 4000 km de Siria, 3000 de Rusia, 2000 de Libia y otros tantos del Sahel, su lejanía relativa

de los conflictos que asolan la periferia de Europa hace que los mismos afecten a los intereses de España, pero sin la intensidad dramática que suponen para países más próximos, como Polonia, o las repúblicas bálticas. Incluso la situación en Libia tiene mayor incidencia sobre Italia que sobre España.

Estos conflictos nos afectan con carácter general dada nuestra condición de socios europeos y aliados atlánticos y, por tanto, interesan a nuestra geopolítica, pero ninguno de ellos supone, en las circunstancias actuales, una amenaza existencial para nuestro territorio, nuestra población o nuestras instituciones. La situación de relativo alejamiento geográfico frente a los conflictos periféricos a Europa permite a España afrontar sus problemas de seguridad regional con cierta «tranquilidad estratégica» y con un menor sentido de urgencia que nuestros vecinos europeos o norteafricanos.

Por otra parte, la sensación de seguridad que ha gozado España en las últimas décadas consecuencia de un entorno relativamente estable, ha fomentado una preferencia nacional por las operaciones de gestión de crisis en escenarios más allá de las fronteras europeas, frente a la defensa colectiva. No es una característica exclusiva de España, sino que la comparte con sus socios europeos y que responde a un razonamiento lógico sencillo: la globalización hace que problemas de seguridad originados en escenarios lejanos, como el terrorismo, los conflictos regionales, o las migraciones incontroladas, tarde o temprano, terminen apareciendo en nuestras fronteras aprovechando la interconectividad geográfica creada por la globalización. La intervención en estos escenarios buscaría prevenir que problemas de seguridad lejanos desborden los ámbitos geográficos en los que se originan y afecten al nuestro.

También esta concepción de las operaciones de paz ha tenido su correspondencia en la adquisición de las capacidades con las que se dotaron las Fuerzas Armadas en las últimas décadas. Se privilegiaron los medios ligeros, expedicionarios y poco demandantes en cuanto a necesidades de personal y coste económico, sobre los caros, pesados y de alta exigencia operativa y logística propias de las operaciones militares convencionales. Al mismo tiempo, se renunció al desarrollo del arma nuclear a pesar de la autonomía estratégica que proporciona, en la confianza de que las garantías de seguridad frente a una amenaza nuclear serían cubiertas por aquellos aliados, fundamentalmente norteamericanos, que cuentan con ellas. La solidez de los tratados aseguraría que las potencias nucleares estarían dispuestas solidariamente a asumir riesgos existenciales en beneficio de sus aliados desprotegidos, aunque ello supusiera arriesgar sus ciudades en beneficio de la defensa común.

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2023